

Programa.

("Los Lunes de El Imparcial", Madrid, 28 mayo 1906)

Incluido en "Inquietudes y
meditaciones."

2-148

W.W. 2-76

PROGRAMA

¿Programa? ¡Programa, sí! Todos nos pasamos la vida haciendo nuestro programa, y la muerte nos coge antes de haber podido acabarlo.

El Libro mismo de la Naturaleza, ese gran Libro de que tantos hablan, y en el que según un amigo mío reza Dios, el Libro de la Naturaleza no consta más que de un volumen, y todo él es prólogo. La Ciencia, por su parte, se encarga de convertirlo en índice. Y así, tenemos prólogo é índice, pero no texto.

Porque el fin de la Ciencia, me siento irresistiblemente empujado á repetirlo, es catalogar el Universo, con el secreto propósito de devolvérselo á Dios en orden, en orden lógico, es decir. Y ved cómo la Ciencia resulta no ser sino un índice de un prólogo, definición arbitraria, sin duda, pero no más que lo son otras muchas que se trata de justificar racionalmente. Y yo, por lo menos, no trato de justificar la mía; procedo lealmente y sin engaño.

Un programa es, ante todo, una serie de afirmaciones que el autor se reserva demostrar más adelante. Y mi programa consiste en afirmar, no ya la legitimidad, sino la necesidad de la afirmación gratuita, sin pruebas, sin eso que llamamos pruebas.

Cuando afirmo algo, me afirmo á mí mismo, y yo, lo mismo que tú, lector, lo mismo que todos los demás hombres, somos gratuitos, puramente gratuitos. Ni tú ni yo podemos probarnos lógicamente, y ¡ay de nosotros si lo pudiéramos! Entonces no seríamos hombres, sino fórmulas. Y una fórmula, sobre todo una fórmula lógica, es una de las cosas más horribles que pueden darse.

Me interesas tú, lector conocido ó desconocido, me interesas tú, pero tus ideas, tus conocimientos, tus opiniones, no me interesan



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

ni poco ni mucho. Me interesas tú, y me duele que te bagas esclavo de tus ideas, de eso que llamas tus ideas, y que no son tuyas. Cada día me interesan más los sentimientos y los hombres; cada día me interesan menos las ideas y las cosas.

Quando le oigo hablar á un hombre le miro á los ojos, y á las veces, atendiendo á éstos, no le oigo lo que me dice; quando hablo á alguien le miro á los ojos, á ver si me atiende á mí, no á mis palabras.

Hé aquí por qué afirmo y no doy pruebas. La prueba íntima, sentimental, de una afirmación está en el calor cordial de la afirmación misma. Digamos con Walt Whitman: «no pienso convencer por argumentos, símiles, rimas; nosotros convencemos por nuestra presencia».

Por mi parte, no pretendo convencer á nadie de nada; en rigor, y pese á las falaces apariencias, jamás lo he pretendido. Si una arbitraria afirmación mía—casi todas mis afirmaciones, cuando son mías de verdad, son arbitrarias—te corrobora en tu opinión contraria á lo que yo afirmo, ó te hace formar tal opinión, estoy pagado. Tomo de mis prójimos, no sus ideas, sino el calor con que las sostienen, calor de humanidad.

La arbitrariedad es un método, lo mismo que lo es la lógica. La lógica es el método del raciocinio, y el raciocinio no es, en el fondo, sino una forma de sensualidad. Busca la proporción, el equilibrio, la armonía, el mutuo sostén de las partes; la ley de la lógica es ley de economía. La lógica es hermana gemela de la estética, y la lógica formal, silogística, hermana de la retórica. Leed cualquier tratado de Lógica y os parecerá estar leyendo un tratado de arquitectura; todo son proporciones, compensación de fuerzas, economía de esfuerzo y de materia, etc., etc.

Y si el raciocinio, que es sensualidad, tiene su método: la lógica, la pasión tiene también su método, que es la arbitrariedad. El gran principio de la pasión es este: esto es así porque me da la real gana, ¡porque así lo necesito! Y la arbitrariedad pare afirmaciones gratuitas y pare paradojas. Y las pare con dolor.

¡Ahl si todos esos desdichados, tupidos de lógica muerta, que hablan desdeñosamente de las pardojas, hubieran sentido alguna vez en su vida los desgarradores dolores de las entrañas, los retortijones del corazón que cuesta el parir una paradoja, una verdadera paradoja, no un aborto de ellas. Es un goce el engendrarlas, pero es un dolor, un dolor y á las veces un riesgo de muerte para el alma, el parirlas. Pensar y sentir arbitrariamente es un goce, un exquisito goce, pero es un dolor tener que expresar lo pensado ó sentido arbitrariamente.



X

Tra



Programa.

3



Primero se lucha con el pudor. La diferencia entre el cuerdo y el loco estriba, diciéndo cuando empleo la fórmula «dicen» es que emito una proposición que no es arbitraria, pues hay quienes saben probarla, aunque no yo— la diferencia entre el cuerdo y el loco dicen que estriba en que aquél piensa las locuras pero ni las dice ni las hace; se las guarda, tiene poder de inhibición. Se las guarda y le corroen el alma. El loco, en cambio, diciéndolas ó haciéndolas se liberta de ellas. Y así andan los cuerdos, mustios y tristes, sin poder echar afuera su locura, por miedo, por pudor, por vergüenza. Y cuando uno engendra una paradoja y ésta se le revuelve en las entrañas y le aprieta y acongoja con dolores, pugnando por salir, se dice el desgraciado: ¿Y cómo me la tomarán? ¿qué dirán de mí? ¿no me motejarán de loco, de extravagante, ó acaso algo peor, de un hombre que violenta las ideas para llamar la atención, por afán de singularidad?

Esos desdichados no han sufrido nunca; no les han dolido nunca las ideas en la cabeza; no saben lo que es doler las ideas. Esos desdichados no sienten, y si algo sienten, el opio de la lógica les mata pronto el menor dolor.

Pero yo no, yo quiero sufrir porque sólo sufriendo se pone el hombre en disposición de dar frutos duraderos, frutos que respondan por él un día, que sean él. La vida, si ha de ser profunda, tiene que tener por base una desesperación resignada.

Hé aquí mi programa, y lo doy aquí, en estas columnas, por si en ellas encuentro un asilo para mis arbitrariedades, que en tantas partes se me rechazan. Porque cada uno no quiere que le digan sino lo que no contradice sus dogmas fundamentales, y la casi totalidad de las personas no leen sino para no enterarse. Y es por esto, porque leen para no enterarse, por lo que piden una copiosa y minuciosa información y devoran telegramas en que se les cuentan cosas que maldito lo que les importa. Este los devora para no pensar en lo mal que van sus negocios, aquel para borrar de su pecho el rastro de un desgarrador adiós, el otro para no pensar en su cáncer ó en su tisis. Leen para no enterarse. Y yo les digo: ¿Te duele algo? ¡Ahonda en tu dolor! ¡piensa en ello! ¡alimenta tu pasión!

Alimenta tu pasión, y engendrarás paradojas y te crearás un mundo, por encima del miserable mundo de la lógica.





Kierkegaard, el gran desesperado, el gran apasionado, el gran arbitrario, decía, en 1843, que no se quejaba de que los tiempos eran malos, sino de que eran miserables, sin pasión. Los pensamientos del corazón de los hombres, decía, son demasiado mezquinos para ser pecaminosos; un gusano podría acaso considerar pecado tales pensamientos, pero no un hombre, creado á imagen de Dios. Y concluía: «Por eso se vuelve siempre mi alma al Antiguo Testamento y á Shakespeare, pues allí, al menos, se siente que es el hombre el que habla; allí se odia, allí se ama, allí se mata al enemigo, se maldice su descendencia por generaciones, allí se peca.»

Sí, allí se peca, y aquí no se peca. Y no se peca porque no se ama—los que llaman pecados son miserias que no merecen sino el limbo. Y como no se ama, no nos serán perdonados esos que llamamos nuestros pecados. Pues ya el Cristo, el más grande paradojista, el de las paradojas divinas, dijo (Luc. VII, 47) el de las paradojas divinas, dijo (Luc. VII, 47) lo de: «Te digo que sus muchos pecados le son perdonados porque amó mucho, mas al que se perdona poco, es que amó poco.» Y ¿no hemos de esforzarnos por hacernos acreedores á que se nos perdone mucho? ¡Ay de los inocentes á quienes habrá poco que perdonar! Su gloria lindará con el limbo.

Hé aquí mi programa, y os lo doy aquí, mis lectores de estas columnas, para que en lo sucesivo no os llaméis á engaño á causa de mis arbitrariedades. Quiero daros lo único que es mío, algo de mi espíritu; no aspiro á informaros de nada, no aspiro á europeizaros.—Perded cuidado, no he de contaros qué comen los chinos ó cómo se hacen las elecciones en Dinamarca, porque como son cosas que no me importan, las olvido apenas las oigo.

No os faltarán quienes os cuenten, y os cuenten bien, con amenidad y verosimilitud, todas esas cosas que no os importan, y así, contándooslas con amenidad y verosimilitud, os ayudarán á no pensar en lo mal que va vuestro negocio, ó en aquel adiós desgarrador que os dejó el corazón viudo, ó en el cáncer ó la tisis que os consume. No os faltará quien os sirva lo que no os importa.

Una sola cosa es lo que de veras importa al hombre, una sola cosa te importa de veras á tí, lector, y me importa á mí y nos importa á todos. ¿Y no te parece que debo dejar por hoy el contarte las arbitrariedades que mi pasión me sugiere respecto á esa sola cosa que á tí y á mí nos importa de veras?

Miguel de UNAMUNO.



[Los Lunes de "El Imparcial", Madrid 28-V-1906]

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES